

FAUNA DEL MEDITERRÁNEO EN LOS AUTORES CLÁSICOS

Periago Lorente, M. y Periago Castón, M.J.

Doctor en Filología Clásica, Catedrático e Inspector de Educación

Departamento de Tecnología de los Alimentos, Nutrición y Bromatología, Facultad de Veterinaria, Universidad de Murcia, Campus de Espinardo 30.071, Murcia

Autor de referencia: mjperi@um.es

INTRODUCCIÓN

Demasiado pretencioso parece el título, siendo así que sólo se intenta dar una breve síntesis de los aspectos más relevantes que atañen a las especies marinas más conocidas de peces, mamíferos, moluscos y crustáceos del Mediterráneo en lo que respecta a hábitos y *habitat*, y, en algunos casos, a su pesca y simbología. Naturalmente, todo ello fundamentado, como reza el título, en los autores clásicos, griegos y latinos, que trataron de los animales, en general, y, dentro de su estudio, de las especies marinas, en particular.

AUTORES Y CONTENIDOS

Cronológicamente, tendría que hacer referencia, en primer lugar, al filósofo enciclopédico Aristóteles (384-322 a. C.), precursor en cierto modo de la ciencia moderna, pero antes, creo, hay que mencionar también al gran poeta épico Homero, aunque sean escasas sus alusiones a los peces y a la pesca. Sí son, en cambio, abundantes sus alusiones al mar al que califica

de *estruendoso* (ἠχήεις), *rico en peces* (ἰχθυόεις), *vinoso* (οἴνοψ), *estéril* (ἀτρύγετος) etc., así como de medio habitual de comunicación, cuando habla expresamente de los *caminos del mar* (κέλευθα ὑγρά y πόντου κέλευθοι). Y todo ello es tan frecuente que no hago referencia concreta al lugar de su obra en que aparece, tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*. Porque, ciertamente, los poemas homéricos son los poemas del mar, del Mediterráneo oriental (sobre todo la *Odisea*). En su momento, pues, llegado el caso, haré alusión al gran poeta épico.

Volviendo al sabio de Estagira, hay que precisar que su magna obra se compone de diez libros y lleva por título *Historia de los animales*¹,

¹ Τῶν περὶ τὰ ζῷα ἱστοριῶν, y también Περί ζῴων ἱστορία, en griego. En versión inglesa, con el texto griego, tenemos *Historia animalium*, en 3 vols., trad. de A. L. PECK, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1965; en francés, también con el texto griego, *Histoire des animaux*, en 3 vols., Les Belles Lettres, Paris, 1964. En español tenemos, *Historia de los animales*. Trad. de J. VARA DORADO, Akal, Madrid, 1990 e *Investigación sobre los animales*. Introd. de C. GARCÍA GUAL y trad. de J. PALLÍ BONET, Gredos, Madrid, 1992.

de los que el primero, aparte de describir las características generales, morfología y hábitos de los animales, trata de las partes del ser humano, pues la obra versa sobre los seres vivos (περὶ ζώων); en definitiva, es un tratado de zoología. Por su parte, el libro décimo se piensa que no puede pertenecer a la obra, dada su redacción y temática, entre otras cosas. Porque versa sobre la reproducción en el ser humano, las diversas consecuencias del parto y el estado del útero, *post partum*, en la mujer, lo que viene a ser, en cierto modo, un estudio ginecológico. Pero más adelante resaltaré algunos de los aspectos de los seres marinos que estudia Aristóteles en los otros libros de su *Historia de los animales*, dado que ése es el objetivo propuesto.

A continuación, hay que referirse a Pedanio Dioscórides (Πεδάνιος Διοσκοουρίδης), natural de Anazarbo, población próxima a Tarso, en Cilicia. Acompañó como médico militar a los ejércitos romanos de los emperadores Claudio y Nerón y fue contemporáneo (debió nacer hacia el año 25 d. C.) de Plinio el Viejo, que lo cita en su *Historia Natural* y le dirige una epístola laudatoria en el año 77; ambos utilizaron la obra de un escritor griego que les precedió, Cratevas², del que se conservan escasos fragmentos. Se interesó desde joven sobre todo por la botánica, y ésta esencialmente es la temática de su obra *Materia médica*³ (Περὶ ὕλης ἰατρικῆς), razón

² Médico, aficionado también a la botánica, de Mirídates VI Eupátor (111-64 a.C.).

³ Hay una versión en castellano debida a Andrés LAGUNA, médico y humanista insigne, natural de Segovia, hijo de un judío converso, médico también. Llevó a cabo funciones por encargo de Carlos I y también perteneció al círculo de Felipe II. Igualmente, fue médico personal del Papa Julio III. La traducción se enriquece con comentarios propios para cada uno de los artículos, añadiendo sus nombres en lenguas clásicas y modernas. Ha habido varias ediciones de esta versión; una de las últimas es probablemente la edición facsimil (de la de Amberes de 1555) de la Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, de 1991. En tiempos modernos, la primera edición en importancia es quizás la de M. WELLMANN, *Pedanii Dioscorides Anazarbei. De Materia Medica*, en 3 vols., Weidmann, Berlín, 1906-1907 (reimpr. 1958).

ésta por la que su estudio de la botánica y de los animales terrestres y acuáticos tiene una intención claramente farmacológica y terapéutica. Su obra se compone de cinco libros, pero son muy escasas las referencias a seres marinos, como se verá en su momento.

Contemporáneo de Dioscórides, como se ha apuntado, fue Plinio el Viejo⁴ que nació el año 23 ó 24 de nuestra era y fue, en cierto modo, el continuador en época romana de lo que podemos llamar Ciencias Naturales que iniciara Aristóteles en la época helenística. Su curiosidad innata por los fenómenos naturales, como es sabido, le causó la muerte, por la asfixia de emanaciones sulfurosas, cuando presenciaba la erupción del Vesubio desde la localidad de Estabia, cercana a Pompeya, en el año 79. Con todo, su voluminosa obra sólo consagra a los peces un libro, el IX, y otro, el XXXII, a las medicinas y remedios obtenidos de determinados peces.

Debe incluirse ahora, en la presente relación de escritores, a Plutarco (46-125 d.C.) como autor de la obra *De sollertia animalium*⁵, obra

⁴ Magna obra en treinta y siete libros sobre la naturaleza en general (espacios terrestres y seres vivos). Destaco las siguientes ediciones de interés. En inglés, acompañada del texto latino, *Natural History*, en 10 tomos. Prólogo y trad. de H. RACKMAN, M. A. y otros. Loeb Classical Library, 1968, Cambridge, Mass.; en francés, también acompañada del texto latino, *Histoire Naturelle*, en 30 tomos. Introd. de A. ERNOUT y trad. de J. BEAUJEU y otros, Les Belles Lettres, Paris, 1950-1970. En español, son de interés éstas dos ediciones relativamente recientes: *Historia Natural*. Edic. y trad. de Josefa CANTÓ y otros, Anaya - Cátedra, Madrid, 2002; *Historia Natural*, en 3 vols. Introd. de Guy SERBAT y trad. de Antonio FONTÁN y otros, Gredos, Madrid, 1995. Merece, por último, destacarse la versión de Francisco HERNÁNDEZ y Jerónimo DE HUERTA, publicada en Madrid en 1624, editada de nuevo en Méjico en 1976, y en Madrid en 1999.

⁵ Título habitual en latín de la obra que en griego reza Πότερα ζώων φρονιμώτερα τὰ χερσαῖα ἢ τὰ ἐνυδρα (¿«Qué animales son más inteligentes, los terrestres o los acuáticos»? La edición crítica más importante del texto griego, en tiempos modernos, se debe a C. HUBERT, *Plutarchi Moralia*, vol. VI, Teubner, Leipzig, 1959. En español tenemos, *Sobre la inteligencia de los animales* (junto con otras obras de

de madurez perteneciente a las *Moralia*. En forma de diálogo, nos ofrece características y habilidades de los animales, para lo que se basó en Aristóteles y Plinio el Viejo, que le habían precedido.

Corresponde citar ahora, en orden cronológico, a Claudio Eliano (170-249 d.C), romano, natural de Preneeste, que ejerció de retórico en Roma, a finales del siglo II de nuestra era, y escribió en griego su conocida obra *Historia de los animales*,⁶ divulgada en latín con el título *De historia animalium*, aunque la traducción más exacta del título griego sería *Particularidades o características de los animales*, Περὶ ζῴων ιδιότητος. En general, el contenido de la obra de Eliano, que excede a veces el ámbito del Mediterráneo, abunda en hechos increíbles, exóticos y fantásticos y en anécdotas absurdas.

También de Anazarbo, en Cilicia, como Dioscórides, era Opiano, hijo del filósofo Agesilao. Recibió una esmerada educación en música, geometría y gramática, decantándose por el cultivo de la poesía. Cuando el emperador Septimio Severo (193-211 d. C.) visitó su ciudad frisaba los treinta años; posteriormente, en el reinado de Caracala (211-217 d. C.), hijo del anterior, se estableció en Roma. Escribió dos poemas, uno, *Sobre la caza* (Κυνηγητικών), en cuatro libros, y otro, *Sobre la pesca* (Ἀλιευτικών)⁷, en cinco libros,

las *Morales*), en traduc. de J. BERGUA CAVERO, Gredos, Madrid, 2002 y *Sobre la astucia de los animales* (también junto con otras obras), en trad. de Inmaculada RODRÍGUEZ MORENO, Akal - Clásica, Madrid, 2005.

⁶ *Historia de los animales*, trad. de J.M. DÍAZ-REGAÑÓN, Gredos, Madrid, 1984; también en versión española tenemos, *Historia de los animales*, trad. de José VARA, Akal-Clásica, Madrid, 1989. En inglés, con el texto griego, tenemos: AELIAN, *On the characteristics of animals*, trad. de A. F. SCHOLFIELD, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1971.

⁷ Hay una versión inglesa, acompañada del texto griego (en ella se incluyen también otros dos autores): Opian - Collutus - Tryphiodorus, trad. de A. W. MAIR. Loeb Classical Library, Cambridge, Mass., 1963; en español: OPIANO, *De la caza y De la pesca*, trad. de Carmen CALVO DELCÁN, Gredos, Madrid, 1990.

que es naturalmente el que interesará comentar más adelante, pues en él se enumeran diversas clases de peces, sus hábitos, comportamientos y su pesca, amén de anécdotas fantásticas e increíbles sobre ellos, al igual que Eliano.

ESPECIES MARINAS: CARACTERÍSTICAS, HÁBITOS Y ANÉCDOTAS

Como señalaba al principio, al hablar de especies marinas me estoy refiriendo, naturalmente, a las más conocidas dentro de los autores clásicos que he enumerado. Por otra parte, los testimonios que aduzca consistirán, a veces, en paráfrasis de los textos de dichos autores y en citas literales de las versiones españolas (de la editorial Gredos, principalmente) existentes que se han citado.

Antes de enumerar las especies de peces, describe Aristóteles sus características generales (II, 13), deteniéndose, p. e., en los rasgos principales de los cefalópodos, en especial de pulpos y calamares; señala, además, la diferencia entre estos últimos y la sepia (IV, 1). En general, Aristóteles, mediante un método científico, empírico, define morfológicamente los peces y señala sus aptitudes. En Plinio, este rigor definitorio que se observa en Aristóteles, también se da; evidentemente, porque se basó en el sabio griego. Los demás, en general, adolecen de esta pulcritud descriptiva y se decantan, como ya se ha señalado, por las anécdotas y hechos fantásticos. Así, por ejemplo, a propósito del pulpo, refiere Plinio (IX, 29), basándose en Aristóteles, que hay muchas clases de pulpos y detalla sus características y comportamiento. Igualmente, describe sucintamente el calamar y la sepia. Por su parte, Eliano (VI 28) aduce que el pulpo, en su desenfreno sexual, queda exhausto, lo que provoca, entre otras cosas, que otros seres marinos lo devoren. Por ello, concluye, no vive más de un año. A su vez, Opiano (lib. I 537-540) opina lo mismo respecto al pulpo y describe (II 120-125) el método de caza de la sepia del mismo modo que Aristóteles y Plinio.

Habla Aristóteles (IV, 2), refiriéndose a los crustáceos, de la langosta y el bogavante y de la gran variedad de cangrejos. Respecto a las langostas, Plinio (IX, 30) asegura que tanto éstas como los cangrejos están escondidas cinco meses, y que andan por encima del mar, al contrario que los demás peces que van por el fondo. Opiano sostiene, a su vez, (II 252-255) que la langosta y la morena son enemigos encarnizados. Lo mismo opina Claudio Eliano (IX 25) respecto a la langosta y pulpo.

Un aspecto importante de los peces a tener en cuenta es el de su apareamiento. Para Aristóteles (IV 9), la mayoría de ellos se acoplan una vez al año; otros, como la sardina, dos veces al año. Por su parte, Eliano (IX 63) es más impreciso y asegura que se realiza en cualquier época del año, aunque matiza que según las especies pero acaba afirmando, con el testimonio de Aristóteles y Plinio, que el apareamiento suele efectuarse una sola vez al año, salvo la lubina que lo hace más de una vez. También Opiano (I 555 y sigs.), respecto al apareamiento de los seres marinos, se extiende minuciosamente, sobre el acoplamiento de determinadas especies como cangrejos, pulpos, delfines y morenas (con el testimonio, naturalmente, de Aristóteles, Plinio y Eliano), destacando el acoplamiento de estas últimas por su singularidad y fantasía, ya que, según este autor, se aparean con la víbora terrestre, una vez que ésta escupe su veneno, para no lastimar y unirse en gozosa cópula. Esta singularidad de la morena la refiere también Plinio (IX 23), aduciendo, además, la distinción que establece Aristóteles (V 10) entre el miro y la morena, macho y hembra.

Y a propósito de los delfines, refiere Aristóteles (VI, 12) que son vivíparos y generan un embrión, como ocurre en el hombre, que deviene en feto, dando a luz una o dos crías, a las que amamanta hasta que llegan a desarrollarse (sin precisar cuándo). La gestación dura diez meses y siempre tiene lugar en verano. Sobre la abundancia de delfines en todos los mares, Opiano (I 385-390) estima que se debe al hecho de que

éstos descubrieron el escondite de la nereida Anfitrite, deseada y perseguida por Posidón, y se lo notificaron al dios, que *enseguida raptó a la joven, la sometió contra su deseo, y la hizo su esposa y reina del mar*. En compensación, pues, el dios los tuvo en gran aprecio y les dio su protección. Aristóteles pensaba (IV 9), al igual que entendemos hoy, que el sonido que emitían fuera del agua era una voz con la que intentaban comunicarse. Como rasgo curioso y fantástico, asegura Opiano (I 650 y sigs.) que los delfines fueron anteriormente hombres que convivían en ciudades junto a otros hombres, *pero por designio de Dioniso cambiaron la tierra por el mar*. Es una leyenda que cuenta con diversas variantes en la antigüedad clásica. Realmente, todo ello se debe al hecho de la relación amistosa que siempre hubo entre delfines y humanos. Así, p. e., Plinio (IX 8), aparte de admirar su extraordinaria naturaleza, resalta su amistad con el hombre y su afición por la música; aduce ejemplos de la amistad entre hombres y delfines, entre ellos el conocido episodio del poeta Arión de Metimna⁸, al que salvaron los delfines de una muerte segura, llevándolo en sus lomos hasta el cabo Ténaro. Por su parte, Plutarco, en su obrita *De sollertia*, en forma de diálogo, nos ofrece el caso de un muchacho llamado Yaso que jugaba con un delfín, y que un día pereció mientras jugaban, al desatarse una tempestad; el delfín llevó entonces el cuerpo del muchacho hasta la orilla. También refiere Plinio (ib.) la

⁸ Arión de Metimna (isla de Lesbos), poeta cantor residente en la corte de Periandro, tirano de Corinto y uno de los siete sabios de Grecia (625-585 a. C.), había logrado una considerable fortuna en Italia y Sicilia y, deseoso de regresar a su lugar habitual de residencia, alquiló un barco para que lo llevara a Corinto. En el trayecto, la tripulación del barco, deseando apoderarse de sus riquezas, le dio a elegir entre darse muerte a sí mismo o arrojarse al mar. Eligió lo segundo, tras pedirles que le dejaran vestirse con sus ropas de cantor y cantar para ellos, y, en consecuencia, se arrojó al mar, de donde, a lomos de un delfín, alcanzó el cabo Ténaro (Laconia, en el Peloponeso); hoy, Matapán. El hecho lo aduce también, entre otros, Heródoto, *Historias*, I 24, y Pausanias, *Descripción de Grecia*, III 25.

hermandad entre delfines y pescadores consistente en la ayuda que aquéllos prestan a éstos en sus faenas de pesca. Atestigua igualmente esta relación amistosa con los humanos Eliano (II 8) y, por su parte, Opiano (V 425 y sigs.) nos ofrece un ejemplo de cooperación concreta entre los delfines y los pescadores de la isla de Eubea, cuando éstos atraen a los peces con fuegos encendidos en parrillas de bronce, y los delfines los empujan hacia la orilla, donde *los pescadores fácilmente los golpean con el tridente de afiladas puntas*. También refiere esta colaboración entre delfines y pescadores, en la isla de Eubea, Eliano (II 8). Por último, en este tema de la colaboración entre peces y pescadores, habría que mencionar la cooperación existente, que refiere también Eliano (XIV 1), entre caballas y pescadores en el mar Jónico, cerca de Epidamno. En efecto, los pescadores las domesticaban ofreciéndoles comida, y aquéllas, en compensación, salen a mar abierto y se atraen a las caballas foráneas, para que las atrapen sus benefactores. A su vez, también entre ellos, los delfines manifiestan un profundo sentido de la camaradería. Así, en efecto, Aristóteles (IX 48) refiere la historia de un grupo de delfines que liberaron a un compañero, acosando al pescador que lo había apresado malherido. Por su parte, Eliano (XIII 6) manifiesta que los delfines protegen a sus compañeros muertos acercándolos a tierra, para que los sepulsen los hombres. Así mismo resalta Aristóteles (ib.) la extraordinaria velocidad que alcanzan los delfines y los enormes saltos que dan, superando a veces en su altura los mástiles de los barcos. El hecho lo refiere también Plinio (IX 7) y Eliano (XII 12), que se basan en el anterior, citando este último expresamente al sabio de Estagira, cuando viene a decir que pueden saltar por encima de una nave, como atestigua Aristóteles.

Y es precisamente este autor (VIII 15) el que nos describe curiosos comportamientos de determinados peces que *se ocultan en la arena y en el cieno, dejando salir sólo su boca*, y ello tiene lugar generalmente en invierno, aunque

hay alguno como el glauco⁹ que lo hace durante el verano. Para Eliano (I 3) también el mujol vive en lagunaje, en aguas poco profundas, y es animal pacífico que no ataca a otros peces.

Pero refiriéndonos a especies más conocidas, dentro del anecdotario que al respecto nos aportan los autores clásicos, traemos a colación los atunes, que, según Aristóteles (VIII 13), al igual que otros peces, penetran en el Mar Negro por primavera, donde eclosionan¹⁰ y pasan el verano, creciendo rápidamente, dada la abundancia de nutrientes existentes por la cantidad de ríos que en él desembocan. En otoño, salen para pasar el invierno en el Egeo. Precisa Aristóteles (ib.), además, que su penetración en el Mar Negro tiene lugar por la ribera de la derecha y el regreso lo hacen por la orilla izquierda debido a que, asegura, ven mejor por el lado derecho. Añade también (VI 17) que suelen vivir dos años. Refiere Eliano (XV 3), igualmente, a propósito de los atunes, que en el golfo de Vibo, en la costa del mar Tirreno, hay innumerables bancos de atunes que, al comienzo de verano, se dirigen al Ponto Euxino.

Habría que mencionar también el instinto maternal de ciertos peces, según Eliano (I 17), como es, p.e, el de la hembra del cazon que protege a su prole, cuando nace, y, si hay peligro, la introduce de nuevo en sus partes genitales; igualmente, el delfín hembra posee un profundo instinto maternal, hecho que destaca también Opiano (I 731).

El mismo Eliano (I 23) refiere una curiosa anécdota respecto al sargo. Asegura que este pez muestra una predilección extrema por las cabras¹¹, porque, desde la orilla, cuando las ve, se alegra y retoza dando saltos. Y dentro del singular y fantástico anecdotario de este autor sobre los animales en general y sobre los seres

⁹ No se ha podido determinar de qué pez se trata.

¹⁰ Según Opiano (756 y sigs.), no hay un animal más impío y sanguinario que el atún, ya que la hembra come sin piedad a sus propios hijos recién nacidos.

¹¹ Relata el hecho también Opiano (IV 307 y sigs.).

marinos en particular, asegura (IX 49) que, si se rompe un erizo y los fragmentos se arrojan al mar, ellos mismos se juntan y recomponen; extraña y ridícula resulta también la afirmación (X 7) de que, para que no revienten las tripas de los salmonetes al asarlos, los cocineros metuculosos besan sus bocas. Sorprendente es también la anécdota que nos transmite Opiano (IV 270 y sigs.) acerca del pulpo, según la cual éste salta gozoso a tierra cuando divisa un olivo, el árbol de Atenea, y a continuación abraza su tronco y trepa a sus ramas.

Tras esta breve enumeración de características, hábitos y anécdotas algunas especies de seres marinos, habría que mencionar algunos de los remedios y medicinas que se obtienen de determinados seres marinos. Plinio consagra a este tema el libro XXXII, destacando su capítulo 4, en el que, a base del galápago marino, se elaboran infinidad de remedios para diversas dolencias, y diversos medicamentos se obtienen igualmente de las ostras y la púrpura (cap. 5) y, por último, del hígado del delfín se obtienen remedios para todo tipo de calenturas.

Su contemporáneo Dioscórides nos ofrece remedios, para determinadas dolencias, elaborados a base de seres marinos, como, p. e., cuando afirma que con la carne del erizo (I 123) se alivia el vientre y se provoca la orina y con su concha, mezclada con unguentos, se deseca la sarna; igualmente, asegura que con el hipocampo, una vez desecado y mezclado con determinados unguentos, se consigue un remedio para la alopecia¹². Por último, para Dioscórides, la carne de atún es apropiada, entre otras cosas, para provocar el vómito.

PESCA DE ALGUNAS ESPECIES MARI-NAS

Parece lógico que donde se enumere expresamente la mayor cantidad de artes de pesca sea en el poema de Opiano *Sobre la pesca*. En efecto, allí aparecen todo tipo de redes, nasas, poteras, arpones, diversos tipos de cebos, la modalidad de pesca de arrastre, incluida la de una hembra viva como cebo, y la pesca con fuego para atraer a los peces y arponearlos cuando se acercan a la barca.

En este apartado parece obligado aludir a Homero, pues conocía la pesca con red (*Il.* V 487), anzuelo, caña (*Il.* XVI 403) y arpón (*Il.* XXIV 80 y sigs.; *Od.* XII 252 y sigs.), ya que en referencias directas o en comparaciones¹³ se mencionan estas modalidades de pesca

Pero a pesar de ello, parece que en el mundo homérico no se sentía una especial predilección por el pescado. *Sólo a falta de otra cosa mejor, como los camaradas de Ulises (Od. XII 331) y los de Menéalo (Od. V 369), se resignaban los héroes a comerlo.*¹⁴ De todos modos, es un hecho sorprendente que el poeta nos hable en varias ocasiones del *ponto*, *abundante en peces* y de *atravesar el mar en peces abundante*, etc., que en los barcos aparezcan a veces artes de pesca y que, sin embargo, la pesca no constituya de hecho un medio habitual de subsistencia ni la práctica habitual de unos profesionales.

Más dejando el período arcaico y volviendo a la época imperial, también Opiano da sus recomendaciones (III 50 y sigs.) para pescar en cada estación del año: así, en otoño, es mejor pescar por la tarde, mientras que en invierno la mejor hora es el amanecer; en la primavera, en

¹³ Es de resaltar, en la *Odisea* (X 220 y sigs.), el episodio de los Lestrigones, siniestros y fieros personajes que atacan a los compañeros de Ulises, *atravesando a los hombres como si fueran peces*.

¹⁴ Luís Gil Fernández, pág. 403 de *Economía y Trabajo*, cap. XVI de *Introducción a Homero* (en colaboración con F.R. Adrados, M. Fernández-Galiano y J.S. Lasso de la Vega), ed. Guadarrama, Madrid, 1963.

¹² Plinio es más preciso y completo (XXXII 7): *Llena las alopecias la ceniza del hipocampo mezclada con nitro y enjundia de puerco, o sola por sí desatada en vinagre* (versión de Jerónimo de Huerta y Fco. Hernández).



Imagen de la vida romana: troceando atunes. Pintura de una vasija de cerámica.

cambio, todo el día es propicio para pescar. Más precisa es la observación de Aristóteles al respecto, a propósito de la hora del día, sin aludir a la estación. En su opinión, la mejor hora del día para la pesca es la que precede a la salida del sol y la siguiente a su puesta, y, en general, simplemente al amanecer y al ocaso.

Y siguiendo con Opiano, precisa éste (III 71 y sigs.) los métodos de pesca preferidos por los pescadores, a saber: unos usan el anzuelo, con caña o cuerda de lino; otros, redes, en sus diversas variedades; algunos, la nasa, de la *de la que espléndida ganancia les espera con*

pequeño esfuerzo y otros, en fin, el tridente, con el que, *provisto de largas puntas, hieren a los peces desde la tierra o desde una barca*. También habla de artes de pesca y cebos Eliano (XII 43).

Conocidas las artes de pesca, conviene aportar las opiniones al respecto de los autores clásicos, que expresan las actitudes y ardides¹⁵ de los peces ante su captura. Así, p. e., Plutarco, en su diálogo *De Sollertia*, asegura que la lubina

¹⁵ Aparte de la ya expresada con anterioridad colaboración entre seres marinos y pescadores.

es tan valiente, que se arranca ella misma el anzuelo¹⁶ que ha mordido y que, si un escaro ha mordido un anzuelo, los demás le ayudan a quitárselo, rompiendo el sedal o bien la red, si ha caído en ella. Igualmente, Plutarco, respecto al delfín, manifiesta que, si es atrapado en una red con otros peces, se queda quieto, se da un gran festín y, cuando arrastran la red a la orilla, *muerde la red y escapa*. Resalta Eliano (VIII 33), por su parte, la astucia de los erizos de mar que, al presentir una tormenta, hacen el mayor acopio posible de piedrecillas y arena, para evitar ser arrastrados por la fuerza de las olas. El hecho lo refiere también el mismo Plutarco y Plinio (IX 31). Opiano (III 117), a su vez, refiere, a propósito de las morenas, su astucia, cuando están presas en la red y buscan en ella la malla más ancha por donde *escapan a gran velocidad..., a manera de serpientes*.

Importante es en este apartado el tema de los cebos, que son múltiples y variados: diversos tipos de verduras, pececillos y carne de peces de mayor tamaño. Dice Eliano (XII 42), al respecto, que el escaro se pesca con culantro y ajos porros y el salmonete con hojas de remolacha. Opiano alude a la pesca con el engaño amoroso que practican algunos pescadores, por ejemplo, para el mújol (IV 127 y sigs.) y la sepia (IV 146 y sigs.), consistente en llevar a una hembra arrastrada por una cuerda entre las olas, para atraer a los ansiosos machos, a los que atrapan levantando la red. En cuanto a la púrpura, que se usa para el teñido de la lana, según Eliano (XVI 1), es machacada por el pescador que la coge¹⁷ de un solo golpe. Homero recoge este

hecho cuando dice, de las personas que mueren de un solo golpe, que son víctimas de la muerte de púrpura (Il. V83 y XVI 334, p.e.):

lo alcanzó purpúrea muerte y destino violento

Por último, habría que aludir a la pesca que se practica mediante la música. En efecto, refiere Eliano (I 19) que a las rayas se las embelesa con danza y música y se las atrae al sitio donde se hallan tendidas las redes; igualmente, este mismo autor (VI 31-32) expone que en el lago Marea de Egipto se pescan cangrejos y chanquetes con música.

SIMBOLOGÍA

El carácter sagrado de los peces se da en pueblos del Mediterráneo oriental y también en Grecia. En Egipto existió la prohibición de comer determinados peces por su vinculación expresa con determinados dioses. El pez en el antiguo Egipto era el encargado, como símbolo de la inmortalidad, de conducir las almas de los piadosos al reino de los Bienaventurados. Más importancia revestía aún el culto a los peces y su carácter sagrado en Babylonia, donde los dioses (Oanes y Ea, p.e.) se representan en forma de pez, en parte o en la totalidad de su anatomía.

Pero es en Siria donde el carácter sagrado de los peces alcanza su mayor importancia. Clemente de Alejandría dice textualmente (*Exhortación a los gentiles* II 39, 8): *Los sirios veneran a los peces extraordinariamente, tal como los eleos a Zeus*. Y también Higinio refiere (*Astron.* II 41) que los sirios *adoran imágenes áureas de peces como dioses del hogar*. Y abundancia de peces sagrados había en los estanques de los templos de la diosa Atargatis, protectora de aquéllos. Por su parte, un conocido escritor de la época clásica como Jenofonte manifiesta (*Anábasis* I 4, 9), a propósito de la abundancia de pacíficos peces en el río Calo, cerca de Alepo, que *los sirios los consideran dioses*.

¹⁶ Opiano (III 129) precisa el modo en que lo hace: al ser apresada, da saltos constantemente hacia arriba, *para que la herida se haga más ancha y pueda escapar de su destrucción*.

¹⁷ Opiano (V 596) refiere el modo de captura de este molusco mediante pequeñas nasas entretejidas con juncos muy espesos en las que introducen conchas y almejas, a las que intentan atrapar aquéllas proyectando su larga lengua que queda presa en los apretados juncos de la nasa.

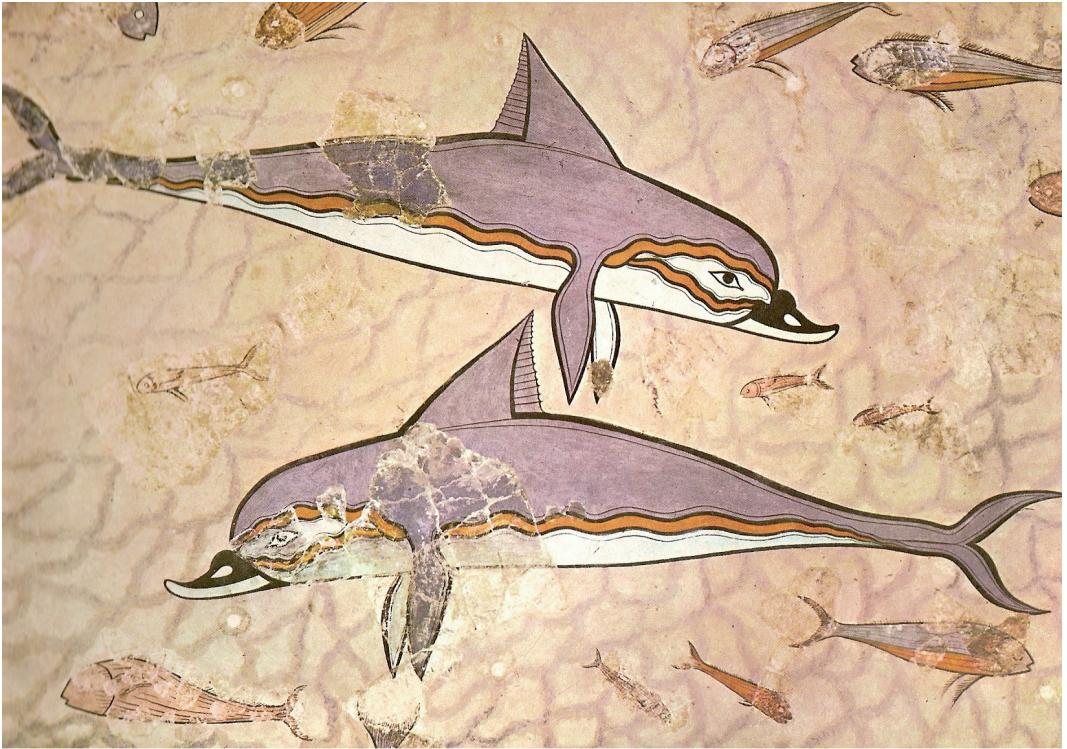


Imagen de delfines en un fresco del palacio de Cnoso, en Heraclion (Creta).

En el ritual de la religión fenicia y púnica los peces juegan también un papel muy importante en el culto de Tanit y Baal. Pero centrándonos en el mundo clásico grecolatino, uno de los autores estudiados, Eliano (XIII 1), refiere que en Mira, un golfo de Licia, los peces se utilizan para llevar a cabo augurios. Allí, en efecto, los sacerdotes echan carne de ternera de los sacrificios a los orfos (podría tratarse de besugos), y si la devoran rápidamente, se tiene por buen augurio; en cambio, si la rechazan, piensan que el dios Apolo se irrita. Igualmente, este mismo autor asegura (XIII 2) que en Bambice (nombre que Seleuco cambió por Hierápolis) también les arrojan comida a los peces que se mueven en bandadas con un jefe al frente, que es el primero que toma la comida que les arrojan.

Se encuentran, desde luego, prohibiciones de comer determinadas clases de peces, como manifiesta el neoplatónico tardío Porfirio, en su tratado *Sobre la abstinencia*, IV 16 y Eliano (IX 51). Pero, frente a los sirios, que sacrificaban peces a sus dioses, mas no los comían, los griegos, en cambio, si se los comían, pero no los ofrendaban en sacrificio.

Estos antecedentes no permiten concluir que el símbolo cristiano del pez sea un calco de las religiones del mediterráneo oriental. Puede ser que el culto y veneración que estas religiones profesaban a los peces influyera en la adopción del pez como símbolo del cristianismo o, al menos, que era una gran comodidad la adopción de este símbolo, cuando los cristianos cayeron en la cuenta de que las letras que componen la

palabra pez representan la esencia teológica de Cristo.

ἸΧΘΥΨ · Ἰησοῦς Χριστός θεοῦ υἱός σωτήρ

Lo que parece evidente es que, al finalizar el siglo segundo de nuestra era; el diseño de un pez simbolizaba la imagen de Cristo en el imperio romano. Y es probable que ello no tuviera lugar, de un modo generalizado, en la iglesia primitiva y en la difusión evangélica de los apóstoles. Desde luego, hasta el siglo segundo no aparecen los dibujos del pez en las catacumbas romanas. Y testimonios antiguos relacionan la eucaristía con el cuerpo de Cristo en forma de pez. Así, p. e., San Agustín, *Confesiones* XIII 21: *piscem leuatum de profundo in ea mensa quam parasti in conspectu credentium* Y Tertuliano dice expresamente (*Sobre el bautismo* 1): *Sed nos pisciculi secundum ἸΧΘΥΝ nostrum Iesum Christum in aqua nascimur nec aliter quam in aqua permanendo salui sumus.* Y San Pablo corrobora también el efecto del agua bautismal que nos acerca a Cristo (*Gálatas*, 3 27): ὅσοι εἰς Χριστόν ἔβαπτίσθητε, Χριστόν

ἔνεδύσασθε. En fin, los propios evangelistas (Mateo 4, 19 y 13, 17; Marcos 1, 16 y Lucas 5, 10) designan su labor evangelizadora como una pesca y a los nuevos conversos los califican de peces (cf. Clemente de Alejandría, *Pedagogo* III 12). Volvemos a lo mismo, no se puede establecer una conexión del cristianismo primitivo con los rituales paganos precedentes o coetáneos en la simbología del pez. El pez representa, para el cristianismo primitivo del siglo segundo de nuestra era, un símbolo secreto por el que se identificaban en Cristo los adeptos de la nueva fe frente al ritual pagano que, en cierto modo, continuó vigente hasta el siglo IV. Porque también el emperador era “hijo de Dios” y “salvador”, según el culto oficial.

El símbolo del pez en el siglo IV y V acaba siendo, simplemente, una síntesis del nombre de Cristo (San Agustín *De ciuitate Dei* XVIII 23), una especie de anagrama sin más, sin ningún carácter secreto, y con posterioridad a estas fechas desaparece completamente, hasta la época moderna y contemporánea en que vuelve a aparecer otra vez como símbolo de Cristo en las iglesias.